

—Salgamos de aquí adentro, maestro... salgamos de aquí. No puedo conversar ni pensar bien si estoy encerrado entre paredes... nunca pude. Salgamos al jardín.

Ésas fueron casi las primeras palabras que le oí decir a Abel Armstrong, miembro de la junta de consejeros de la escuela de Stillwater, a quien conocí aquella tarde de mayo, cuando fui a consultarlo acerca de un pequeño asunto de negocios. Yo era el «nuevo maestro» de la escuela de Stillwater, a cargo de la escuela durante el período del verano.

Era un distrito bastante solitario, lo cual me alegraba, ya que mi vida había sufrido un revés y mi corazón estaba lleno de dolor y rebeldía por causas que en nada se relacionan con este relato. Stillwater me brindaba la oportunidad y el tiempo necesario para curar mis heridas. Sin embargo, ahora que miro hacia atrás, me doy cuenta de que no habría podido lograrlo de no haber sido por Abel y su amado jardín.

Abel Armstrong (lo llamaban «el viejo Abel», aunque sólo tenía sesenta años) vivía en una pintoresca casa gris cerca del puerto. Había oído hablar mucho de él antes de conocerlo. Lo consideraban «raro», pero la gente de Stillwater parecía tenerle mucho afecto. Vivía con su hermana, Tamzine, quien, según me informó mi locuaz casera, durante muchos años no estuvo cuerda, pero luego se recuperó; sólo era rara y muy callada. De joven, Abel había ido un año a la universidad, pero debió abandonar sus estudios, cuando Tamzine se «volvió loca», ya que nadie podía cuidar de ella. Abel se hizo cargo de su hermana con aparente resignación; al menos, nunca se quejó.

—Abel siempre tomó las cosas con mucha calma —me dijo la señora Campbell—. Nunca lo vi inquietarse ante desilusiones y molestias como al resto de la gente. Se me ocurre que mientras Abel Armstrong pueda pasear por su jardín recitando poesías y discursos o hablando con ese gato como si fuese un ser humano, jamás se preocupará por el resto del mundo. Nunca tuvo muchas ambiciones. Su padre era un buscavidas, pero su familia no se parece a él, sino a la familia de la madre, un tanto ociosos y soñadores. No es la mejor manera de progresar en este mundo.

No es cierto, mi querida señora Campbell. Tal vez no sea el modo de progresar en su mundo, pero hay otros mundos en los que el progreso se mide con otras escalas de valores y Abel Armstrong vivía en uno de esos mundos, un mundo que superaba la capacidad de comprensión de los prósperos granjeros y pescadores de Stillwater. En

parte, yo había intuido todo esto, aun antes de conocerlo. Y esa noche, en su jardín, bajo el cielo rojo humeante que cubría el puerto y en el que florecían estrellas, encontré un amigo, cuya personalidad y filosofía inundarían mi existencia de calma, armonía y riqueza. Este relato es mi tributo de agradecimiento a una de las almas más excepcionales y sublimes que Dios alguna vez vistió de arcilla.

Era alto, un poco desgarrado y si bien las facciones no eran atractivas, sus grandes y profundos ojos de terciopelo castaño eran muy hermosos, y sumamente brillantes y claros para un hombre de su edad. Tenía una barba puntiaguda y prolija, libre de tonalidades grisáceas, mientras que su cabello estaba cubierto de canas. En conjunto, tenía el aspecto de un hombre que había atravesado por muchos momentos dolorosos que dejaron huellas en su cuerpo y en su alma. Al verlo, dudé de las palabras de la señora Campbell, cuando me comentó que a Abel no le había importado abandonar sus estudios en la universidad. Ese hombre había abandonado muchas cosas y lo lamentaba profundamente, pero sobrevivía al dolor y había recibido la bendición por su sacrificio. Su voz era una hermosa melodía y la mano que me extendía era larga, bien formada y flexible.

Salimos al jardín, perfumado por ese aire húmedo, característico de las primaverales tardes marítimas. Detrás del jardín, había un bosque sombrío de pinos que rodeaba la casa por la izquierda, mientras que adelante y a la derecha había una hilera de altos álamos lombardos, cuyas majestuosas siluetas de color púrpura se destacaban en el marco del cielo crepuscular.

—Siempre me gustaron los lombardos —dijo Abel, al mismo tiempo que los saludaba con el brazo extendido—. Son los árboles de las princesas y, cuando yo era un niño, estaban de moda. Todos los que aspiraban a la nobleza tenían una hilera de lombardos en la parte delantera del jardín o a lo largo del sendero o, en todo caso, uno a ambos lados de la puerta. Ahora ya no están de moda. La gente se queja porque las hojas de la copa se secan y mueren y porque tienen un aspecto raído. Es cierto... es cierto, a menos que se arriesguen a romperse el cuello todas las primaveras, como hago yo, subiéndose a una escalera para podarlos. Mi cuello no es demasiado valioso y supongo que ésa es la razón por la que nunca me lo rompí. Mis lombardos nunca tuvieron ese aspecto. A mi madre le gustaban mucho; solía admirar la dignidad y la superioridad de estos árboles. No se codean con todo el mundo. Si los pinos son los árboles de la comunidad, los lombardos son los árboles de la sociedad.

Salimos por la puerta de piedra y fuimos al jardín. Había otra entrada, un portón vencido y cercado por dos arbustos de lilas blancas. Luego, un sendero manchado conducía al gran manzano del centro, un cono inmenso y ampuloso de capullos rosados, que tenía un asiento circular y lleno de musgos alrededor del tronco. Pero el asiento preferido de Abel, según lo que él mismo me contó, estaba debajo de la ladera, bajo un pequeño enrejado envuelto por el delicado color esmeralda de los lúpulos jóvenes. Me guió hasta allí y con mucho orgullo me señaló la hermosa vista del puerto.

El brillo rosado y rojo de los primeros momentos del atardecer ya había desaparecido del cielo; el agua plateada parecía un espejo; velas opacas se deslizaban por la costa oscura. Más allá del puerto, sonaba la campana de una pequeña capilla católica. El repiqueteo resonaba con dulzura de ensueño en el silencio del anochecer, mezclado con el gemido del mar. La gran luz giratoria del canal temblaba y brillaba contra el cielo ópalo y, a lo lejos, más allá de los médanos de arena dorada, se veía la serpenteante cinta gris de humo de un buque de vapor que pasaba.

—¡Mire! ¿No cree acaso que vale la pena contemplar esta vista? —preguntó el viejo Abel, con cariño y orgullo, como si se tratase de su exclusiva propiedad—. Además, no hay que pagar nada para contemplar este paisaje. Todo ese mar y ese cielo son gratis... «sin dinero y sin precio»... Sentémonos aquí, maestro, bajo la pérgola de lúpulos. Pronto saldrá la luna. Nunca me canso de observar lo que se encierra detrás del resplandor de la salida de la luna sobre este mar. Siempre se esconde una sorpresa. Maestro, usted está a punto de hablar de asuntos de negocios, pero no lo haga. Nadie debería hablar de negocios cuando se está esperando la salida de la luna, aunque en realidad no me gusta hablar de negocios en ningún momento.

—Desgraciadamente, señor Armstrong, a veces no se puede evitar —contesté.

—Sí, es verdad. Parece un mal necesario, maestro —admitió—. Pero sé cuál es el negocio que lo trae por aquí. Podemos solucionarlo en cinco minutos, después de que la luna haya salido. Estaré de acuerdo con todo lo que usted y los dos consejeros quieran. Dios sabrá por qué me eligieron a mí para integrar la junta de la escuela. Tal vez, porque soy decorativo. Supongo que buscaban a un hombre muy apuesto.

Su risa ahogada, llena de alegría y libre de maldad, era contagiosa. Sentado bajo la pérgola de lúpulos, yo también reí.

—Ahora bien, no es necesario que hable si no quiere —dijo—. Yo no hablaré. Nos quedaremos aquí sentados muy amigablemente y si tenemos algo que valga la pena comentar, hablaremos. Caso contrario, nos quedaremos en silencio. Si dos personas pueden permanecer calladas durante media hora y sentirse cómodas, entonces esas dos personas pueden ser amigos. Si, en cambio, no pueden hacerlo, entonces nunca llegarán a ser amigos y ni siquiera vale la pena intentarlo.

Esa tarde, bajo la pérgola de lúpulos, Abel y yo pasamos la prueba del silencio con mucho éxito. Estaba contento por poder sentarme a pensar, algo que en los últimos tiempos había dejado de hacer. Una paz, que hacía mucho no tenía en mi alma atormentada, parecía flotar en el aire. El jardín estaba sumergido en esa atmósfera de paz y era la personalidad de Abel la que la irradiaba. Miré a mi alrededor y me pregunté de dónde venía el encanto de aquel lugar enmarañado tan poco terrenal.

—Es lindo y está lejos del mercado, ¿no es cierto? —preguntó Abel de pronto, como si

hubiese escuchado la pregunta que yo no formulé—. Aquí no se compra ni se vende ni se trata de sacar ganancias. Nunca vendimos nada de este jardín. Tamzine tiene su parcela de hortalizas y lo que no comemos, lo regalamos. Geordie Marr vive en una casa cerca del puerto que tiene un jardín grande como éste y vende muchas flores, frutas y hortalizas a la gente del hotel. Bueno, él obtiene dinero de su jardín, mientras que yo obtengo felicidad. Ahí está la diferencia. Si yo obtuviese ganancias, sólo estaría sacándole el dinero a quienes lo necesitan más que yo. Hay suficiente para Tamzine y para mí. En cuanto a Geordie Marr, no hay criatura más infeliz sobre esta tierra de Dios. Siempre está metido en algún problema, pobre hombre. Por supuesto, la mayoría de los problemas se los crea él mismo, pero no creo que eso le haga más liviana la carga. ¿Alguna vez se sentó debajo de una pérgola de lúpulos, maestro?

Debía acostumbrarme a los súbitos cambios de tema de Abel. Le contesté que jamás me había sentado en un lugar semejante.

—Hermoso sitio para soñar —dijo Abel con satisfacción—. Usted, que es joven, sin duda sueña mucho.

Le contesté con vehemencia y amargura que yo había dejado de soñar.

—No es cierto —dijo Abel mientras meditaba—. Usted puede creer que ya ha dejado de soñar. ¿Y luego qué? En primer lugar, sabe que pronto volverá a soñar, gracias a Dios. No voy a preguntarle qué fue lo que le quitó las ganas de soñar por el momento. Pero después de un tiempo, comenzará a soñar otra vez, sobre todo, si viene a este jardín tanto como yo espero que venga. Invita a soñar, a tener cualquier tipo de sueños. Usted elige. Yo, por ejemplo, prefiero los sueños de aventuras, aunque no lo crea. Tengo sesenta y un años y jamás hice algo más osado que ir a pescar bacalaos los días lindos, pero aún anhelo emprender una aventura. Otras veces, sueño que soy un tipo detestable, sanguinario.

Eché a reír. Tal vez la risa no era muy frecuente en ese jardín. Tamzine, que estaba sembrando en el otro extremo, levantó la cabeza con una expresión de asombro en el rostro, pasó por delante de nosotros y entró en la casa. No nos miró ni nos habló. La gente decía que su timidez iba más allá de los límites normales. Era robusta y llevaba puesto un vestido rayado color blanco y rojo brillante. El rostro era redondo e inexpresivo, pero tenía un cabello rojizo, abundante y hermoso. Un enorme gato anaranjado le pisaba los talones. Cuando pasó por delante de nosotros, el gato se desvió hacia la pérgola y saltó a las rodillas de Abel. Era un animal magnífico, con vívidos ojos verdes y enormes patas blancas.

—Capitán Kidd, el señor Woodley. —Nos presentó con seriedad, como si el gato fuese un ser humano. Ni Capitán Kidd ni yo respondimos con mucho entusiasmo.

—Veo que no le agradan los gatos —dijo Abel mientras acariciaba la aterciopelada

espalda de Capitán—. No lo culpo. A mí nunca me gustaron hasta que encontré a Capitán. Le salvé la vida y cuando uno le salva la vida a alguna criatura, es inevitable que aprenda a quererla. Es lo más próximo a dar a luz. Hay algunas personas inconscientes en este mundo. Algunas personas de la ciudad que tienen quintas aquí, cerca del puerto, son tan inconscientes que resultan crueles. Y la inconsciencia es la peor clase de crueldad. Es inconcebible. Durante el verano tienen gatos; los alimentan, los miman y los adornan con cintas y collares y, cuando llega el otoño, se van y los dejan morir de hambre o frío. Cuando veo eso, siento que me hierve la sangre, maestro.

»Un día del invierno pasado encontré en la costa una pobre gata muerta, que yacía sobre los cuerpos de sus tres gatitos, que sólo eran piel y huesos. La gata había muerto tratando de darles protección y las pobres patas rígidas rodeaban a sus gatitos. Primero lloré y después comencé a insultar. Luego, traje a esos pobres gatitos a mi casa y los alimenté y les encontré buenos hogares. Sé quién es la mujer que abandonó a la gata. Cuando regrese este verano, iré a su casa y le diré lo que pienso de ella. Sé que eso significa meterse en asuntos ajenos, pero ¡cómo me gusta meterme en asuntos ajenos, cuando se trata de una buena causa!

—¿A Capitán Kidd también lo abandonaron? —pregunté.

—Sí. Lo encontré un día frío de invierno aprisionado en las ramas de un árbol a causa de su estúpido collar. Se estaba muriendo de hambre. Dios mío, ¡si usted hubiese visto la expresión de sus ojos! No era más que un gatito y se las había arreglado para sobrevivir desde el momento en que lo abandonaron, hasta que quedó atrapado. Cuando lo solté, su lengüita roja me lamió la mano con tristeza. En ese entonces no era el próspero pirata que ahora observa. Era tan sumiso como Moisés. Eso sucedió hace ya nueve años. Ha gozado de una vida larga sobre esta tierra y este Capitán resultó un muy buen compañero.

—Hubiese creído que tenía un perro —comenté.

Abel meneó la cabeza.

—Una vez tuve un perro. Lo quise tanto que, cuando murió, no pude soportar la idea de reemplazarlo por otro. Era un amigo, ¿comprende? Capitán es sólo un compañero. Me encariñé con Capitán y me gusta la perversa picardía que se esconde detrás de cada gato, pero yo quería a mi perro. No hay ninguna maldad en un buen perro, por eso inspiran más cariño que los gatos... ¡pero que me cuelguen si acaso son más interesantes!

Me reí al mismo tiempo que me levantaba, con tristeza, para marcharme.

—¿Debe irse, maestro? Aún no hemos hablado de negocios. Supongo que habrá venido

por ese asunto de las estufas. Tenían que ser esos dos tontos consejeros los que empezaran a hablar sobre estufas en primavera. Me sorprende que no lo hayan dejado para los días de mucho calor.

—Sólo querían que le preguntase si estaba de acuerdo en instalar una nueva estufa.

—Dígales que pueden instalar la nueva estufa, cualquier tipo de estufa... y al diablo con ellos —replicó Abel—. En cuanto a usted, maestro, puede venir a mi jardín cuando quiera. Si está cansado o solo o se siente demasiado ambicioso o enojado, venga y siéntese aquí un rato, maestro. ¿Usted cree que alguien puede volverse loco, si se sienta a mirar el centro de una flor de pensamiento durante diez minutos? Cuando quiera hablar, hablaré y, cuando desee pensar, lo dejaré pensar. Me gusta dejar a la gente sola.

—Creo que vendré a menudo —contesté—. Tal vez, demasiado a menudo.

—Para mí nunca será demasiado, maestro... sobre todo, después de haber mirado juntos la salida de la luna. Es la mejor prueba de compatibilidad que conozco. Usted es joven y yo viejo, pero creo que nuestras almas tienen la misma edad y que tendremos muchas cosas para decirnos. ¿Se irá directamente a su casa ahora?

—Sí.

—Entonces le pediré un favor: que se detenga en la casa de Mary Bascom un momento para entregarle un ramo de lilas blancas. Adora mis lilas y no esperaré a que muera para enviarle flores.

—Está muy enferma, ¿no es así?

—Tiene la enfermedad de los Bascom. Eso significa que puede morir en un mes, como su hermano, o en veinte años, como su padre. Pero ya sea largo o corto el tiempo que le queda de vida, las lilas blancas tienen una fragancia deliciosa en primavera y le enviaré un ramo fresco todos los días hasta que termine la primavera. Es una noche extraña, maestro. Envidio la caminata que hará por la costa hasta su casa bajo la luz de la luna.

—¿Por qué no me acompaña un trecho? —le sugerí.

—No. —Abel miró hacia la casa—. A Tamzine no le gusta quedarse sola por la noche; por eso, camino por el jardín bajo la luz de la luna. La luna es una gran amiga mía, maestro. Desde que tengo memoria, siempre la amé. Una tarde, cuando tenía ocho años, me quedé dormido en el jardín y nadie se dio cuenta. Me desperté a la noche, estaba solo y muerto de miedo... ¡Dios mío! Veía sombras y oía ruidos raros y no me atrevía a moverme. Permanecí sentado allí, temblando; me sentía un pobre diablo. De

pronto, vi la luna que me miraba a través de la rama de los pinos como si fuese una vieja amiga. Enseguida me sentí mejor. Me puse de pie y, sin dejar de mirarla, caminé hasta la casa con la valentía de un león. Buenas noches, maestro. Dígale a Mary que las lilas durarán una semana más todavía.

A partir de esa noche, Abel y yo fuimos muy buenos compinches. Caminábamos, conversábamos y permanecíamos en silencio y pescábamos bacalaos juntos. A la gente de Stillwater le resultaba raro que yo prefiriese la compañía de Abel a la de la gente joven. La señora Campbell estaba bastante preocupada y opinaba que siempre había observado algo extraño en mí... «Lobos de una misma camada».

Yo amaba ese viejo jardín que estaba junto a la costa del puerto. Creo que ni siquiera el mismo Abel podía sentir por el jardín más cariño que yo. Cuando el portón se cerraba detrás de mí, me olvidaba del mundo, de mis recuerdos dolorosos y de mis sinsabores. En la paz de aquel jardín, mi alma se vaciaba de toda la amargura que la había invadido y que la había arruinado y recobraba su estado normal y saludable, ayudada además por las sabias palabras de Abel. Nunca predicaba, pero transmitía coraje, paciencia, una sincera aceptación de las asperezas que ofrece la vida y una cordial acogida a las cosas agradables. Fue la persona más cuerda que jamás conocí. No empequeñecía el mal ni exageraba el bien, pero sostenía que nunca debíamos permitir que nos dominara uno u otro. El dolor no debía deprimirnos en exceso y el placer no debía hacernos caer en el olvido y en la pereza. Sin que Abel fuese consciente de ello, me hizo comprender que yo había sido un poco cobarde y evasivo. Entendí que mis desdichas no eran lo más importante del universo, ni siquiera debían serlo para mí. En suma, Abel me enseñó a reír nuevamente, y si un hombre es capaz de reír es porque las cosas a su alrededor no marchan tan mal.

Ese viejo jardín era siempre un lugar alegre. Incluso cuando el viento del este cantaba su canción en tono menor y las olas de la costa gris estaban tristes, pequeños atisbos de sol parecían estar al acecho. Tal vez se debía a la gran cantidad de flores amarillas. A Tamzine le encantaban las flores amarillas y Capitán Kidd siempre desfilaba en esa fiesta de oro. Capitán Kidd era tan grande y resplandeciente que era imposible extrañar el sol. Me preguntaba cómo, a pesar de su presencia, el jardín estaba siempre lleno de pájaros que cantaban, pero luego observé que Capitán nunca los molestaba. Tal vez comprendía que su amo no lo toleraría ni un momento. Por lo tanto, siempre había un trino o un piar en algún lugar del jardín. Por sobre nuestras cabezas revoloteaban gaviotas y grullas. El viento que agitaba los pinos siempre nos regalaba un alegre saludo. Abel y yo paseábamos, sumergidos en alguna conversación sobre temas que escapaban a la comprensión de un gato o de un rey.

—Me gusta meditar sobre todos los problemas, aunque no pueda resolver ninguno—solía decir Abel—. Mi padre sostenía que no debíamos hablar de asuntos que no entendiésemos. Pero, maestro, en ese caso, los temas de conversación serían muy pocos. Supongo que los dioses se deben de reír a menudo cuando nos oyen, pero ¿qué

importa? Mientras recordemos que sólo somos hombres y mientras no aspiremos a ser dioses estableciendo la diferencia entre el bien y el mal, no creo que nuestras conversaciones nos hagan daño a nosotros ni a nadie. Hoy intentaremos otra vez discutir sobre el origen del mal, maestro.

Tamzine por fin dejó de ser tímida conmigo y cada vez que iba a visitarlos me regalaba una amplia sonrisa. Pero rara vez me hablaba. Todo su tiempo libre lo dedicaba a sembrar en el jardín, al que adoraba tanto como Abel. Ella prefería los colores brillantes y siempre vestía ropa de colores alegres. Sentía adoración por Abel y respetaba la palabra de su hermano como si fuese la ley.

—Estoy muy agradecido de que Tamzine esté bien —dijo una vez Abel, mientras mirábamos la puesta del sol. El día había amanecido sombrío, húmedo y cubierto por nubes, pero luego se transformó en una magnificencia de color escarlata y oro—. Hubo una época en que no estuvo bien. Supongo que habrá oído algo de eso, maestro. Pero desde unos años atrás se cuida sola y, si algún día de éstos emprendo la última gran aventura, Tamzine no quedará desprotegida.

—Tamzine es diez años mayor que usted. Lo más probable es que ella se vaya antes —respondí.

Abel meneó la cabeza con un gesto negativo y se acarició la elegante barba. Siempre sospeché que esa barba era el último vestigio sobreviviente de su vanidad. Siempre estaba muy aseada, mientras que, por otra parte, no tenía pruebas de que alguna vez se hubiese peinado el cabello gris y desaliñado.

—No. Tamzine vivirá más que yo. Tiene el corazón de los Armstrong. En cambio, yo tengo el corazón de los Marwood... mi madre era una Marwood. Nosotros no llegamos a viejos, nos marchamos pronto y fácilmente. Yo lo prefiero así. No me considero un cobarde, maestro, pero siento una horrible sensación de terror cuando pienso en una muerte prolongada. Bueno, no hablemos más sobre esto. Sólo lo mencioné para que cuando algún día oiga que hallaron muerto al viejo Abel Armstrong, no lo lamente. Recuerde que yo lo quise de esa manera. No se trata de que esté cansado de la vida. Es muy agradable aquí, en este jardín, con Capitán Kidd y el puerto allí afuera. Pero a veces la vida resulta muy monótona y la muerte, maestro, será una especie de cambio. En realidad, tengo curiosidad por saber cómo es.

—Yo, en cambio, odio pensar en la muerte —dije con un tono sombrío.

—Lógico. Usted es joven y los jóvenes siempre odian hablar de la muerte. La muerte se vuelve más amigable cuando uno envejece. Eso no significa que queramos morir, maestro. Tennyson tenía razón cuando dijo eso. Allí está la vieja señora Warner de Channel Head. Pobre mujer, siempre ha tenido muchos problemas, durante toda su vida. Perdió a todos los que amaba. Siempre dice que se alegrará cuando le llegue el

momento y a cada instante afirma que no quiere vivir más en ese valle de lágrimas, pero cuando se enferma... ¡Dios!... ¡Qué escándalo que hace, maestro! ¡Médicos de la ciudad, una enfermera diplomada y una cantidad suficiente de remedios como para matar a un perro! Tal vez la vida sea un valle de lágrimas, maestro, pero no caben dudas de que hay gente a la que le gusta llorar.

El verano pasó por el jardín con su procesión de rosas y lilas y malvas, que ese año se pusieron muy hermosas. En un extremo del jardín había una gran zona cubierta por estas flores que parecía una enorme ola de rayos de sol. Tamzine se deleitaba con ellas, pero Abel prefería las flores de colores más pálidos. Su favorita era una malva de color rojo oscuro. Solía sentarse durante horas a mirar uno de los cálices satinados de la malva. Así lo encontré una tarde, bajo la pérgola de lúpulos.

—Este color actúa como sedante en mí —me explicó—. El amarillo me excita mucho, me inquieta, me hace desear salir a navegar «más allá de los confines del ocaso». Hoy estuve mirando esa marea de flores hasta que sentí que toda mi vida había sido un fracaso. Encontré una mariposa muerta y le hice un funeral. La enterré en el rincón donde está el helecho. Y pensé que mi vida en este mundo fue tan inútil como la de aquella pobre mariposa. Estaba triste, maestro. Luego, arranqué una malva y me senté aquí a contemplarla a solas. Cuando un hombre está solo, maestro, está más cerca de Dios... o del diablo. El diablo anduvo alborotado a mi alrededor todo el tiempo que permanecí contemplando aquella malva, pero Dios me habló a través de ella. Y sentí que aquel que es tan feliz como yo y que tiene un jardín semejante ha hecho de su vida un éxito.

—Espero alcanzar ese éxito yo también —dije con sinceridad.

—Sin embargo, maestro, quisiera que usted tenga otro tipo de éxito —dijo Abel mientras meneaba la cabeza—. Quiero que haga cosas, todo aquello que yo habría intentado, si hubiese tenido la oportunidad. Está en usted hacerlo, si se lo propone y se dirige siempre hacia adelante.

—Creo que ahora me lo puedo proponer y puedo lograrlo. Gracias a usted, señor Armstrong —dije—. Estaba yendo por el camino del fracaso hasta que llegué aquí la primavera pasada. Usted cambió mi curso.

—Una especie de brújula con la cual se pudo timonear, ¿no es cierto? —inquirió Abel con una sonrisa—. No soy tan modesto como para no reconocerlo. Me di cuenta de que podía hacerle algún bien. Pero mi jardín hizo mucho más que yo, aunque usted no lo crea. Es increíble lo que un jardín puede hacer por un hombre, cuando uno le permite hacer. Venga, siéntese y tome sol, maestro. El sol puede desaparecer mañana. Sentémonos a pensar.

Nos sentamos a pensar y meditamos durante un largo rato. Luego, Abel dijo

abruptamente:

—Usted, maestro, no ve a la gente que yo veo en este jardín. Usted no ve a nadie más que a mí y a la vieja Tamzine y a Capitán Kidd. Yo veo a todos los que solían estar aquí hace mucho tiempo. Era un lugar lleno de vida en ese entonces. Éramos muchos y tan alegres como cualquier grupo de jóvenes que usted pueda encontrar ahora. Lanzábamos carcajadas hacia adelante y hacia atrás como si arrojáramos una pelota. Ahora sólo quedan el viejo Abel y la vieja Tamzine.

Permaneció un momento en silencio, contempló los fantasmas de su memoria—invisibles para mí— que recorrían los senderos manchados y que se asomaban con alegría por entre las ramas bailarinas. Luego continuó:

—De todos modos, hay dos a quienes recuerdo de una manera más vívida y real, maestro. Una es mi hermana Alice. Murió hace treinta años. Aunque después de vernos a mí y a Tamzine, no lo crea, era hermosa. Es cierto. La llamábamos reina Alice, porque era majestuosa y bonita. Tenía ojos castaños y cabello color oro rojizo, como el color de esa capuchina de allí. Era la preferida de mi padre. La noche que ella nació pensaron que mi madre no viviría. Papá caminó toda la noche por este jardín y fue debajo de ese viejo manzano donde, a la hora del atardecer, se arrodilló y le dio las gracias a Dios, cuando fueron a decirle que todo estaba bien.

»Alice siempre fue una criatura que irradiaba alegría. En aquella época, este viejo jardín sonaba con las campanadas de su risa. Muy rara vez caminaba... siempre corría o bailaba. Sólo vivió veinte años, pero diecinueve de ellos fueron tan felices que nunca sentí demasiada lástima por ella. Tuvo todo lo que hace que la vida merezca ser vivida: risas y amor y, al final, pena. James Milburn fue su gran amor. Hace ya treinta y un años que su barco salió del puerto y que Alice lo despidió desde este jardín. Nunca regresó. Jamás supimos nada de ese barco.

»Cuando Alice perdió las esperanzas de que volviera, murió de pena. Dicen que no existe tal cosa, pero nada más pudo haber enfermado a Alice. Se paraba día tras día junto a aquel portón y miraba hacia el puerto. Y cuando por fin perdió las esperanzas, su vida se marchó. Recuerdo muy bien aquel día: había contemplado el puerto hasta la caída del sol. Luego, se alejó del portón; todo el desasosiego y la desesperación se habían borrado de sus ojos. Había una terrible paz en ellos: la paz de los muertos. Se volvió hacia mí y me dijo: «No regresará, Abel».

»En menos de una semana, había muerto. Todos lo lamentaron, menos yo, maestro. Había explorado en las profundidades de la vida y ya no tenía motivos para seguir viviendo. Mi pena había comenzado mucho antes, cuando caminaba por este jardín en agonía por no poder ayudarla. A menudo, en estas largas y cálidas tardes de verano, me parece oír la risa de Alice en toda la extensión del jardín, a pesar de que murió hace ya tanto tiempo.

Cayó en una meditación que yo no quise interrumpir. No fue hasta el día siguiente que supe acerca del otro recuerdo que su memoria abrigaba. En cuanto nos sentamos bajo la pérgola y contemplamos el tenue resplandor del mar de septiembre, retomó el tema del día anterior.

—Maestro, ¿cuántos somos los que estamos aquí sentados?

—Somos dos en carne y hueso. Pero no sé cuántos hay dentro de su alma —contesté, acompañando su estado de ánimo.

—Hay una persona, la otra de aquellas dos que mencioné el día que le conté acerca de Alice. Me resulta más difícil hablar de ella.

—No hable si le resulta doloroso —dije.

—Pero quiero hacerlo. Es un capricho. ¿Sabe por qué le conté acerca de Alice y ahora quiero contarle acerca de Mercedes? Porque quiero que alguien las recuerde y que cada tanto piense en ellas, una vez que yo ya me haya ido. No puedo soportar la idea de que sus nombres desaparezcan del recuerdo de todos los seres vivientes.

»Mi hermano mayor, Alec, era marinero y, en su último viaje a las Indias occidentales, se casó con una joven española. A mis padres no les gustó la pareja. Mercedes era extranjera y católica y muy diferente de nosotros. Pero al verla, no lo culpé a Alec. No era porque fuese muy hermosa. Era delgada, de cabello oscuro y su tez tenía la blancura del marfil. Estaba llena de gracia y tenía tal encanto, maestro, un encanto extraordinario y vigoroso. Las mujeres no podían comprenderlo. Se preguntaban por qué Alec se había enamorado de ella. Yo nunca me lo pregunté. Yo... yo... también la amaba, maestro, aun antes de conocerla. Nadie lo supo jamás y Mercedes nunca lo imaginó. Pero ese amor me duró toda la vida. Nunca quise pensar en ninguna otra mujer. Esa pálida española de ojos negros arruinó la vida de un hombre para cualquier otra mujer. Amarla era como beber algún extraño vino espumante. Jamás volvería a probar una bebida común.

»Creo que fue muy feliz durante aquel año que vivió aquí. Las prósperas mujeres de Stillwater se burlaban de ella, porque Mercedes no se caracterizaba por lo que ellas llamaban eficiencia. Decían que no sabía hacer nada. Pero había una cosa que sabía hacer muy bien: amar. Adoraba a Alec y yo lo odiaba por eso. Mi corazón, maestro, estaba lleno de negros pensamientos en aquella época. Pero ni Alec ni Mercedes jamás lo supieron. Y ahora agradezco el hecho de que hayan sido tan felices. Alec hizo esta pérgola para Mercedes, al menos hizo el enrejado, y ella plantó la enredadera.

»En el verano solía sentarse aquí la mayor parte del tiempo. Supongo que ésa es la razón por la cual me gusta sentarme aquí. Sus ojos permanecían soñadores y distantes

hasta que Alec los encendía con su llegada. ¡Cómo me torturaba todo aquello! Pero ahora me gusta recordarlo. Y su hermosa y suave voz de extranjera y las pequeñas manos blancas. Murió al cabo de un año. La enterraron junto a su bebé en el cementerio de la capilla que está más allá del puerto, donde repican las campanas todas las tardes. A ella le gustaba sentarse aquí a escucharlas. Alec vivió mucho tiempo, pero nunca volvió a casarse. Ahora Alec se fue y nadie, salvo yo, recuerda a Mercedes.

Abel se sumergió en una profunda meditación, una cita con el pasado, que yo no quise interrumpir. Pensé que no había reparado en mi partida, pero cuando abrí el portón, se puso de pie y me saludó con la mano.

Tres días más tarde, volví al viejo jardín junto al puerto. Había una luz roja de una vela distante. En el llano oeste se construyó una ciudad crepuscular alrededor de un profundo puerto de luz sombría. Allí había palacios y torres con estandartes de color oro y carmesí. El aire arrastraba una música: la música del viento, la música de las olas y la música de las lejanas campanadas de la capilla cercana, donde dormía Mercedes.

El jardín estaba inundado de fragancias maduras y colores cálidos. Los lombardos que lo rodeaban eran altos y sombríos como las formas sacerdotales de algún grupo místico. Abel estaba sentado bajo la pérgola de lúpulos; a su lado, dormía Capitán Kidd. Pensé que Abel también dormía; la cabeza, apoyada en el enrejado y los ojos, cerrados.

Pero cuando llegué a la pérgola, vi que no dormía. Tenía una extraña y sabia sonrisa en los labios, como si hubiese alcanzado la sabiduría más profunda y se riera con bondad de nuestras viejas y ciegas conjeturas e incertidumbres.

Abel había emprendido su Gran Aventura. Tal vez, ya estaría cerca de Mercedes.